

La actitud de la Iglesia frente a los seguidores de otras religiones

**Reflexiones y orientaciones
sobre Diálogo y Misión**

**Secretariado para los no
creyentes**

Introducción

1. **E**l Concilio Vaticano II ha marcado una nueva etapa en las relaciones de la Iglesia con los seguidores de otras religiones. Muchos documentos conciliares hacen referencia explícita de los mismos, y uno en particular, la declaración "Nostra aetate", está enteramente dedicado a la "relación de la Iglesia Católica con las religiones no cristianas".
 2. Los rápidos cambios del mundo y la profundización en el misterio de la Iglesia "sacramento universal de salvación" (*Lumen gentium*, 48), han favorecido esta actitud hacia las religiones no cristianas. "Con la apertura realizada por el Concilio, la Iglesia y todos los cristianos han podido alcanzar una conciencia más completa del misterio de Cristo" (*Redemptor hominis*, 11).
 3. Esta nueva actitud ha tomado el nombre de diálogo. Este vocablo, que es norma e ideal, ha sido valorizado en la Iglesia por Pablo VI con la Encíclica *Ecclesiam suam* (6 agosto de 1964). Desde entonces ha aparecido con frecuencia en el Concilio y en el lenguaje eclesial. Indica no sólo el coloquio, sino también el conjunto de las relaciones interreligiosas, positivas y constructivas con personas y comunidades de otras creencias a través del conocimiento mutuo y el enriquecimiento recíproco.
 4. Como signo institucional de esta voluntad de coloquio y de encuentro con los seguidores de las otras tradiciones religiosas del mundo, el mismo Pablo VI instituyó, en el clima del Concilio Vaticano II, el día de Pentecostés del año 1964, el "Secretariado para los no cristianos" distinto de la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos. La

Constitución *Regimini Ecclesiae* define así sus competencias: "Buscar el método y los caminos para abrir un diálogo adecuado con los no cristianos. Trabaja, pues, para que los no cristianos sean rectamente conocidos y justamente estimados por los cristianos y para que, a su vez, los no cristianos puedan conocer y estimar adecuadamente la doctrina y la vida cristiana (AAS 59, 1967, págs. 919-920).

5. A los 20 años de la publicación de la *Ecclesiam suam* y de su fundación, el Secretariado, reunido en Asamblea Plenaria, ha valorado las experiencias de diálogo acaecidas en la Iglesia y ha reflexionado sobre las actitudes eclesiales hacia los otros creyentes y, en particular, sobre la relación existente entre diálogo y misión.
6. La visión teológica de este documento se inspira en el Concilio Vaticano II y en el magisterio sucesivo. Una profundización posterior por parte de los teólogos resulta siempre deseable y necesario. Esta reflexión, exigida y enriquecida por la experiencia, tiene carácter prevalentemente pastoral; pretende favorecer un comportamiento evangélico en las confrontaciones con los otros creyentes con quienes los cristianos conviven en la ciudad, en el trabajo y en la familia.
7. Con este documento se nos invita a ayudar a la comunidad cristiana y en particular a sus responsables a vivir según las indicaciones del Concilio ofreciendo elementos de solución a las dificultades que pueden nacer de la presencia simultánea en la misión de las tareas de evangelización y diálogo. Los miembros de las otras religiones podrán incluso comprender mejor cómo la Iglesia los ve y cómo entiende su comportamiento con ellos.
8. Muchas Iglesias cristianas han realizado parecidas experiencias en las confrontaciones con otros creyentes. El Concilio Ecuménico de las Iglesias cuenta con un organismo para el "diálogo con los pueblos de creencias vivas e ideologías" en el ámbito del departamento de "fe y testimonio". Con tal organismo el Secretariado para los no cristianos

mantiene relaciones estables y fraternas de consulta y de colaboración.

1. Misión

9. Dios es amor (*1 Jn* 4, 8. 16). Su amor salvífico ha sido revelado a los hombres en Cristo y se hace presente y activo en el mundo a través del Espíritu Santo. La Iglesia debe ser signo de este amor hasta el punto de hacerlo norma de vida para todos. Querida por Cristo, la suya es una misión de amor, porque en ello encuentra la fuente, el fin y la modalidad del ejercicio (cf. *Ad gentes*, 2, 5, 12; *Evangelii nuntiandi*, 26). Así, cada aspecto y cada actividad de la Iglesia deben estar impregnados de caridad precisamente por fidelidad a Cristo, quien ha dispuesto la misión y continúa animándola y haciéndola posible en la historia.

10. La Iglesia, como lo ha subrayado el Concilio, es pueblo mesiánico, asamblea visible y comunidad espiritual, pueblo peregrinante en camino con toda la humanidad con la que condivide la experiencia. Debe ser levadura y alma de la sociedad para renovarla en Cristo y tornarla familia de Dios (cf. *Lumen gentium*, 9; *Gaudium et spes*, 9. 40). “Este pueblo mesiánico tiene como ley el nuevo precepto de amar como Cristo mismo nos ha amado y tiene como fin el reino de Dios ya inaugurado por El” (*Lumen gentium*, 9). “La Iglesia peregrinante es pues por su naturaleza misionera” (*Ad gentes*, 2, cf. 6, 35-36). La misionariedad es para cada cristiano expresión normal de su fe vivida.

11. “Por tanto la misión de la Iglesia se explica por la acción con la que, obediente al mandato de Cristo y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos...” (*Ad gentes*, 5). Este empeño es único, pero se ejerce de diverso modo según sean las condiciones en que se desarrolla la misión. “Dichas condiciones dependen a veces de la Iglesia, a veces de los pueblos, grupos u hombres a quienes va dirigida la misión... A cada circunstancia deben correspon-

der actividades adecuadas o medios apropiados... El fin propio de esta actividad misionera es la evangelización y la implantación de la Iglesia en los pueblos o grupos humanos en los cuales no ha arraigado todavía" (*Ad gentes*, 6). Otros pasajes del mismo Concilio subrayan que la misión de la Iglesia es también trabajar por la extensión del reino y de sus valores entre todos los hombres (cf. *Lumen gentium*, 5, 9; *Gaudium et spes*, 39, 40-45, 91, 92; *Unitatis redintegratio*, 2; *Dignitatis humanae*, 14; *Apostolicam actuositatem*, 5).

12. Las diversas formas y aspectos de la misión han sido globalmente delineadas por el Concilio Vaticano II. Actas y documentos del magisterio eclesiástico sucesivo, como el Sínodo de los Obispos sobre justicia social (1971), el dedicado a la evangelización (1974) y a la catequesis (1977), numerosas intervenciones de Pablo VI y de Juan Pablo II y de las Conferencias Episcopales de Asia, de África y de América Latina han desarrollado otros aspectos de la enseñanza conciliar, señalando por ejemplo "como elemento esencial de la misión de la Iglesia indisolublemente unido a ella" (*Redemptor hominis*, 15), el empeño en favor del hombre, de la justicia social, de la libertad y de los derechos humanos y la reforma de las estructuras sociales injustas.

13. La misión se presenta en la conciencia de la Iglesia como una realidad unitaria pero compleja y articulada a la vez. Es posible señalar los elementos principales. La misión se constituye ya por la simple presencia y por el testimonio vivo de la vida cristiana (cf. *Evangelii nuntiandi*, 21), aunque se debe reconocer que "llevamos este tesoro en vasos de arcilla" (2 *Cor* 4, 7), y por ello la diferencia entre como aparece existencialmente el cristiano y lo que afirma ser es siempre incolmable. Está luego el empeño concreto por el servicio a los hombres y toda la actividad de promoción social y de lucha contra la pobreza y las estructuras que la provocan. Está la vida litúrgica, la oración y la contemplación, testimonios elocuentes de una relación viva y liberadora con el Dios vivo y verdadero que nos llama a su reino y a su gloria (cf. *Act* 2, 42). Está el diálogo en el cual los cristia-

nos se encuentran partidarios de otras tradiciones religiosas para caminar juntos hacia la verdad y colaborar en obras de común interés. Están el anuncio y la catequesis, cuando se proclama la buena noticia del Evangelio y se profundiza en las consecuencias para la vida y la cultura. Todo esto abarca el arco de la misión.

14. Cada Iglesia particular es responsable de toda la misión. Incluso cada cristiano, en virtud de su fe y del bautismo, está llamado a ejercitarla en alguna medida toda ella. Las exigencias situacionales, las posiciones particulares dentro del Pueblo de Dios y el carisma personal habilitan al cristiano a realizar prevalentemente uno u otro aspecto de la misma.

15. La vida de Jesús contiene todos los elementos de la misión. Según los Evangelios, se presenta con el silencio, con la acción, con la oración, con el diálogo y con el anuncio. Su mensaje es inseparable de la acción; anuncia a Dios y su reino no solo con la palabra sino también con los hechos y con las obras que cumple. Acepta la contradicción, el fracaso y la muerte; su victoria pasa a través del don de la vida. Todo en Él es vía y medio de salvación (cf. *Evangelii nuntiandi*, 6-12); todo es expresión de su amor (cf. *Jn* 3, 16; 13, 1; *1 Jn* 4, 7-9). Así también deben hacer los cristianos: "En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros" (*Jn* 13, 35).

16. También el Nuevo Testamento da una imagen articulada y diferenciada de la misión. Hay una pluralidad de servicios y de funciones que derivan de una variedad de carismas (cf. *1 Cor* 12, 28-30; *Ef* 4, 11-12; *Rom* 12, 6-8). El mismo San Pablo advierte la particularidad de su vocación misionera cuando declara de "no ser enviado por Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio" (*1 Cor* 1, 17). Por esto, junto a los "apóstoles", a los "profetas", a los "evangelistas", encontramos a los llamados a realizar obras comunitarias y a asistir a quienes sufren; hay tareas familiares, de los maridos, de las mujeres y de los hijos; hay deberes de patronos y de siervos. Cada uno posee una tarea de testimonio par-

particular en la sociedad. La primera Carta de Pedro da a los cristianos que viven en situación de diáspora indicaciones que no dejan de sorprender por su actualidad. Juan Pablo II indicaba un pasaje de la misma como "la regla de oro en las relaciones de los cristianos con sus conciudadanos de diversa fe: Adorad a Cristo Señor en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar razón de la esperanza que hay en vosotros, pero con amabilidad, respeto y buena conciencia" (1 Pe 3, 15-16) (Ankara 29. 11. 1979).

17. Entre los muchos ejemplos, en la historia de la misión cristiana, son significativas las normas dadas por San Francisco, en la regla no sellada (1221), a los hermanos que "por divina inspiración quisieran andar entre los sarracenos...: Pueden organizar las relaciones espirituales en medio a ellos de dos maneras. Un modo es que no crean lios o disputas, sino que se muestren dóciles a toda criatura humana por amor de Dios y confiesen ser cristianos. El otro modo es que, cuando vean que agrada al Espíritu, anuncien la palabra de Dios".

Nuestro siglo ha presenciado el surgimiento y la afirmación, especialmente en el mundo islámico, de la experiencia de Charles de Foucauld quien ejerció la misión en una actitud humilde y silenciosa de unión con Dios, de comunión con los pobres y de fraternidad universal.

18. La misión se dirige siempre al hombre respetando plenamente su libertad. Por esto el Concilio Vaticano II a la vez que ha afirmado la necesidad y la urgencia de anunciar a Cristo "la luz de la vida con toda confianza y fortaleza apostólica, incluso hasta el derramamiento de sangre" si fuera necesario (*Dignitatis humanae*, 14), ha recalcado la exigencia de promover y respetar en cada interlocutor una verdadera libertad, privada de cualquier coacción, especialmente en el ámbito religioso. "Ahora bien, la verdad debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante la libre investigación, con ayuda del magisterio o enseñanza, de la comunicación y del diálogo, por medio de los cuales

los hombres de exponen mutuamente la verdad que han encontrado o juzgan haber encontrado para ayudarse unos a otros en la búsqueda de la verdad; y una vez conocida ésta hay que adherirse firmemente a ella con el asentimiento personal" (*Dignitatis humanae*, 3). Por lo tanto "en la difusión de la fe religiosa y en la introducción de costumbres es necesario abstenerse siempre de toda clase de actos que puedan tener sabor a coacción o a persuasión inhonesta o menos recta, sobre todo cuando se trata de personas rudas o necesitadas. Tal modo de obrar debe considerarse como abuso del derecho propio y lesión del derecho ajeno" (*Dignitatis humanae*, 4).

19. En el mundo de hoy, la actividad misional debe caracterizarse por el respeto a cada persona (cf. *Ecclesiae sanctae*, 77; *AAS*, 1964, págs. 642-643; *Evangelii nuntiandi*, 79-80; *Redemptor hominis*, 12). "El hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión" (*Redemptor hominis*, 14). Estos valores, que la Iglesia continúa aprendiendo de Cristo su maestro, deben conducir al cristiano a amar y respetar todo lo que hay de bueno en la cultura y en el compromiso religioso del otro. "Se trata del respeto por todo lo que en cada hombre a realizado el Espíritu que sopla donde quiere" (*Redemptor hominis*, 12; cf. *Evangelii nuntiandi*, 79). La misión cristiana no puede separarse nunca del amor y del respeto por los otros y esto evidencia para nosotros los cristianos el puesto del diálogo en la misión.

2. Diálogo

a. Fundamentos

20. El diálogo no surge por oportunismos tácticos actuales, sino por razones que la experiencia, la reflexión, así como las mismas dificultades han descubierto.

21. La Iglesia se abre al diálogo por fidelidad al hombre. En cada hombre y en cada grupo humano se dan la aspiración y la exigencia de ser considerados y de poder actuar como

sujetos responsables, bien cuando se advierte la necesidad de recibir, bien sobre todo cuando son conscientes de poseer alguna cosa comunicable. Las ciencias humanas subrayan que, en el diálogo interpersonal, el hombre, experimenta sus propios límites, pero descubre también la posibilidad de superarlos; comprende que no posee la verdad en modo completo y total, pero puede caminar confiado hacia ella junto a los otros. La mutua verificación, la corrección recíproca, el intercambio fraterno de los respectivos dones favorecen una madurez siempre mayor que genera la comunión interpersonal. Las mismas experiencias y puntos de vista religiosos pueden ser purificados y enriquecidos en este proceso de confrontación.

Esta dinámica de relaciones humanas nos estimula a los cristianos a escuchar y comprender lo que los demás creyentes nos pueden transmitir a fin de sacar provecho de los dones que Dios concede.

Los cambios socio-culturales con las tensiones y dificultades que comportan, la interdependencia acrecentada en todos los sectores de convivir y de la promoción humana, y en particular las exigencias por la paz, hacen hoy más urgente un estilo dialogal en las relaciones.

22. Además, la Iglesia se siente interesada en el diálogo sobre todo por motivo de su fe. En el misterio trinitario la revelación nos hace entrever una vida de comunión y de mutua relación.

En Dios Padre, contemplamos un amor anticipado sin confines de espacio ni de tiempo. El universo y la historia están colmados de sus dones. Cada realidad y cada acontecimiento están envueltos por su amor. A pesar de que alguna vez el mal se manifiesta violentamente, en el proceso de cada hombre y de cada pueblo está presente la fuerza de la gracia que eleva y redime.

La Iglesia tiene el deber de descubrir, iluminar, hacer madurar la riqueza que el Padre ha escondido en la creación

y en la historia, no sólo para celebrar la gloria de Dios en su liturgia, sino también para promover entre todos los hombres la difusión de los dones de Dios.

23. La palabra y la sabiduría están dadas en Dios Hijo en quien todo está precontenido y subsiste ya antes de los tiempos. Cristo es el Verbo que ilumina a todo hombre, ya que en El se manifiesta a la vez el misterio de Dios y el misterio del hombre (cf. *Redemptor hominis*, 8, 10, 11, 13). Es el Redentor presente con la gracia en cada encuentro humano para librarnos del egoísmo y hacer que nos amemos los unos a los otros como El nos ha amado.

Cada hombre -escribe Juan Pablo II- sin excepción alguna, ha sido redimido por Cristo, y con el hombre, con cada hombre sin excepción, Cristo está de alguna manera unido, aún cuando ese hombre no sea consciente de ello. Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre -a cada hombre y a todos los hombres- luz y fuerza para responder a su suprema vocación (*Redemptor hominis*, 14).

24. En Dios Espíritu Santo, la fe nos hace entrever aquella fuerza de vida, de movimiento y de regeneración perenne (cf. *Lumen gentium*, 4) que actúa en la profundidad de las conciencias y acompaña el camino secreto de los corazones hacia la verdad (cf. *Gaudium et spes*, 22). Espíritu que actúa incluso "más allá de los confines visibles del Cuerpo Místico..." (*Redemptor hominis*, 6; cf. *Lumen gentium*, 16; *Gaudium et spes*, 22; *Ad gentes*, 15); Espíritu que anticipa y acompaña el camino de la Iglesia, la cual se siente, así, empeñada en discernir los signos de su presencia, a seguirlo donde El la conduzca y a servirlo como humilde y discreta colaboradora.

25. El reino de Dios es la meta final de todos los hombres. La Iglesia que es "el germen y el inicio" (*Lumen gentium*, 5, 9), está llamada a emprender en primer lugar este camino hacia el reino y a encauzar todo el resto de la humanidad hacia el mismo.

Este empeño incluye la lucha y la victoria sobre el mal y sobre el pecado, empezando siempre por sí misma y abrazando el misterio de la cruz. Así, la Iglesia prepara el reino hasta la consecución perfecta de todos los hermanos en Dios.

Cristo supone para la Iglesia y para el mundo la garantía de que los últimos tiempos ya han comenzado, que la edad final de la historia está ya fijada (cf. *Lumen gentium*, 48) y que por ello la Iglesia está capacitada y empeñada en actuar para que se efectúe el progresivo cumplimiento de todas las cosas en Cristo.

26. Esta visión ha llevado a los padres del Concilio Vaticano II a afirmar que en las tradiciones religiosas no cristianas existen “cosas verdaderas y buenas” (*Optatam totius*, 16), “cosas preciosas, religiosas y humanas” (*Gaudium et spes*, 92), “gérmenes de contemplación” (*Ad gentes*, 18), “elementos de verdad y de gracia” (*Ad gentes*, 9), “semillas del Verbo” (*Ad gentes*, 11, 15), “rayos de la verdad que ilumina a todos los hombres” (*Nostra aetate*, 2). Según explícitas indicaciones conciliares, estos valores se encuentran condensados en las grandes tradiciones religiosas de la humanidad. Por ello, éstas merecen la atención y la estima de los cristianos, y su patrimonio espiritual es una invitación eficaz al diálogo (cf. *Nostra aetate*, 2, 3; *Ad gentes*, 11), no sólo acerca de los elementos convergentes, sino especialmente sobre aquellos en los que difieren.

27. El Vaticano II ha podido así extraer consecuencias de empeño concreto. Se expresa en los siguientes términos: “Para que los fieles puedan dar fructuosamente este testimonio de Cristo, únense con aquellos hombres por el aprecio y la caridad, siéntanse miembros del grupo humano en el que viven y tomen parte en la vida cultural y social interviniendo en las diversas relaciones y negocios de la vida humana; familiarícense con sus tradiciones nacionales y religiosas, descubran, con gozo y respeto, las semillas de la palabra que en ellas se contienen... Como el mismo Cristo... así sus discípulos, inundados profundamente por el Espíritu de

Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven y conversar con ellos para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios, generoso, ha distribuido a las gentes. Al mismo tiempo han de esforzarse por examinar estas riquezas con la luz del Evangelio, liberarlas y reducir-las al dominio de Dios Salvador" (*Ad gentes*, 11; cf. 41; *Apostolicam actuositatem*, 14. 29 etc.).

b. Formas de Diálogo

28. La experiencia de estos años ha puesto de manifiesto la multiplicidad de modos con los que se desarrolla el diálogo. Las principales formas típicas aquí recogidas se practican bien en modo diferenciado o bien junto con las otras.
29. El diálogo es antes que nada un estilo de acción, una actitud y un espíritu que guía la conducta. Implica atención, respeto y acogida al otro, a quien se le concede espacio para su identidad personal, para sus expresiones y sus valores. Este diálogo constituye la norma y el estilo necesarios en toda misión cristiana y en cada actividad particular de la misma, ya se trate de la simple presencia y testimonio, del servicio o del mismo anuncio directo (*CJC*, 787, par. 1).

Una misión que no esté empapada por el espíritu dialogal, caminará contra las exigencias de la verdadera humanidad y contra las indicaciones evangélicas.

30. Cada seguidor de Cristo, en virtud de su vocación humana y cristiana, está llamado a vivir el diálogo en su vida cotidiana, ya se encuentre en situación de mayoría, ya en condición de minoría. Debe infundir el sabor evangélico en cada ambiente donde vive y trabaja: el familiar, social, educativo, artístico, económico, político, etc. De esta manera, el diálogo se introduce en el gran dinamismo de la misión eclesial.
31. A un nivel ulterior se presenta el diálogo de las obras y de la colaboración por objetivos de carácter unitario, social, económico y político que tienden a la liberación y promo-

ción del hombre. Frecuentemente, esto se realiza en las organizaciones locales, nacionales e internacionales, donde cristianos y seguidores de otras religiones afrontan conjuntamente los problemas del mundo.

32. El campo de la colaboración puede ser amplísimo. El Concilio Vaticano II, refiriéndose concretamente a los musulmanes, exhorta a “olvidar el pasado” y a “defender y promover unidos, por el bien de todos los hombres, la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad” (*Nostra aetate*, 3; cf. *Ad gentes*, 11. 12. 15. 21...). Pablo VI, especialmente en la *Ecclesiam suam* (AAS 56, 1964, pág. 655) y Juan Pablo II, en sus numerosos encuentros con jefes y dirigentes de las diversas religiones, se han pronunciado en el mismo sentido. Dados los grandes problemas que afligen a la humanidad, los cristianos se sienten llamados a colaborar con los otros creyentes, precisamente en virtud de sus respectivas creencias.

33. El diálogo a nivel de especialistas es de particular interés. Por un lado confrontan, profundizan y enriquecen los respectivos patrimonios religiosos; por otra, aplican recursos a los problemas que a lo largo de la historia se presentan a la humanidad.

Normalmente este diálogo se produce cuando el interlocutor posee ya una visión propia del mundo y se adhiere a una religión que le impulsa a la acción. Además, se realiza más fácilmente en las sociedades pluralistas donde tradiciones e ideologías diversas coexisten y a veces se confrontan.

34. A través de esta confrontación, los interlocutores conocen y aprecian recíprocamente los valores espirituales y las categorías culturales, promoviendo así, la comunión y la fraternidad entre los hombres (cf. *Nostra aetate*, 1). De esta manera, el cristiano colabora luego a la transformación evangélica de la cultura (cf. *Evangelii nuntiandi*, 18-20, 63).

35. A un nivel más profundo, los hombres arraigados en sus propias tradiciones religiosas pueden compartir entre sí experiencias de oración, de contemplación, de fe y de esfuerzo, así como las manifestaciones y caminos de búsqueda del absoluto. Este tipo de diálogo se convierte en recíproco enriquecimiento y en cooperación fecunda cuando se trata de promover y preservar los valores e ideales más elevados del hombre. Esta disposición conduce de manera espontánea a la intercomunicación de las razones de la propia fe, sin que las diferencias, a veces profundas, la detengan; sino que la sitúan con humildad y confianza ante Dios “que es más grande que nuestro corazón” (1 Jn 3, 20). Es así como el cristiano tiene la ocasión de ofrecer al otro la posibilidad de experimentar, en manera existencial, los valores del Evangelio.

3. Diálogo y misión

36. Las relaciones entre diálogo y misión son múltiples. Dados los desafíos y problemas señalados, así como las actitudes exigidas, nos detenemos en algunos aspectos que actualmente poseen una mayor relevancia.

a. Misión y conversión

37. Para el Concilio Vaticano II, el anuncio misionero tiene como fin la conversión: “Sólo así, los no cristianos, a quienes el Espíritu abrirá el corazón, creerán, se convertirán libremente al Señor y sinceramente se adherirán a El” (*Ad gentes*, 13; *CJC* 785. 2).

En el contexto del diálogo entre creyentes de diversa fe, la reflexión sobre el camino espiritual de la conversión es inevitable.

En el lenguaje bíblico y cristiano, la conversión supone el retorno del corazón humilde y contrito a Dios, y el deseo de someterle con mayor generosidad la propia vida (cf. *Ad gentes*, 13). Todos están constantemente llamados a esta

conversión. En este proceso puede surgir la decisión de abandonar una situación espiritual o religiosa anterior para dirigirla hacia otra. Así, por ejemplo, el corazón puede abrirse de un amor particular a una caridad universal.

Toda verdadera llamada de Dios conlleva siempre una autosuperación. No hay vida nueva sin muerte, así lo manifiesta la dinámica del misterio pascual (cf. *Gaudium et spes*, 22). Y “toda conversión es obra de la gracia, en la que el hombre debe reencontrarse consigo mismo” (*Redemptor hominis*, 12).

38. En este proceso de conversión prevalece la ley suprema de la conciencia ya que “ninguno debe ser obligado a obrar contra su conciencia. Ni tampoco se le puede impedir que obre según ella principalmente en materia religiosa” (*Dignitatis humanae*, 3).

39. En la óptica cristiana, el agente principal de la conversión no es el hombre, sino el Espíritu Santo. “Es El quien empuja a anunciar el Evangelio y quien en lo íntimo de las conciencias hará acoger y comprender la palabra de la salvación” (*Evangelii nuntiandi*, 75). Es El quien guía el movimiento de los corazones y hace brotar el acto de la fe en Jesús el Señor (cf. *1 Cor* 2, 4). El cristiano no es más que instrumento y colaborador de Dios (cf. *1 Cor* 3, 9).

40. También en el diálogo, normalmente el cristiano nutre en su corazón el deseo de compartir su experiencia de Cristo con el hermano de otra religión (cf. art. 26, 29; *Ecclesiae sanctae*, 46). Igualmente, es natural que el otro creyente desee algo parecido.

b. El diálogo para la edificación del reino

41. Por medio del Espíritu, Dios continúa reconciliando consigo a los hombres. La Iglesia confía en la promesa hecha por Cristo de que el Espíritu la guiará en la historia hacia la plenitud de la verdad (cf. *Jn* 16, 13).

Por esto, consciente de que cada comunidad humana posee gérmenes de bien y de verdad y de que Dios tiene un designio de amor para cada nación, sale al encuentro de los hombres, de los pueblos y de sus culturas (cf. art. 17, 26-27). La Iglesia, pues, quiere colaborar con todos para la realización de este designio, valorizando así todas las riquezas de la sabiduría infinita y multiforme de Dios y contribuyendo a la evangelización de las culturas (cf. *Evangelii nuntiandi*, 18-20).

42. "Nos dirigimos también por la misma razón a todos los que creen en Dios y conservan en el legado de sus tradiciones preciados elementos religiosos y humanos, deseando que el coloquio abierto nos mueva a todos a recibir fielmente los impulsos del Espíritu y a ejecutarlos con ánimo solícito.

Por lo que a nosotros respeta, el deseo de establecer un diálogo inspirado en el único amor por la verdad y realizado con la debida prudencia, no excluye a nadie: ni a quienes cultivan otros valores humanos, pero no reconocen todavía al Autor de todos ellos ni a aquellos que se oponen a la Iglesia y la persiguen de diversas maneras.

Siendo Dios Padre principio y fin de todos, todos estamos llamados a ser hermanos. En consecuencia, llamados a esta común vocación humana y divina, podemos y debemos cooperar, sin violencia ni engaños, en verdadera paz, a la construcción del mundo" (*Gaudium et spes*, 92; cf. Mensajes por la Jornada mundial de la Paz de Pablo VI y Juan Pablo II).

43. De esta manera, el diálogo se convierte en fuente de esperanza y en factor de comunión en la recíproca transformación. Es el Espíritu Santo quien conduce la realización del plan de Dios en la historia de los individuos y de toda la humanidad, hasta que los hijos de Dios dispersos por el pecado sean reunidos en la unidad (cf. *Jn* 11, 52).

44. Sólo Dios conoce los tiempos, nada es imposible para El, su misterioso y silencioso Espíritu abre a las personas y a

los pueblos las vías del diálogo a fin de que las diferencias raciales, sociales y religiosas queden superadas y mutuamente se enriquezcan. He aquí, pues, el tiempo de la paciencia de Dios. En Él actúa la Iglesia y cada comunidad cristiana, ya que nadie puede obligar a Dios a actuar con mayor prisa que la designada por Él.

Que ante la nueva humanidad del tercer milenio, la Iglesia pueda irradiar un cristianismo abierto para esperar con paciencia que brote la semilla plantada entre lágrimas y confianza (cf. *St* 5, 7-8; *Mc* 4, 26-30).

Roma, 10 de junio de 1984, solemnidad de Pentecostés

FRANCIS ARINZE

Pro-Presidente del Secretariado para los no Cristianos

MARCELLO ZAGO, o.m.i.

Secretario